

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quixote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo, ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara á la mayor ventura que alcanzó, ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo ¿no es bueno, señor, que aun todavía traygo entre los ojos las desaforta-

das narices, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, muger y hijos, no me las podria dar otro que él mesmo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: ven acá ¿en que consideracion puede haber, que el Bachiller Sanson Carrasco viniere como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿hele dado yo jamas ocasion para termeme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues que dirémos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como Vuesa Merced ha

dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quixote, de los malignos magos que me persiguen, los quales anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con emblecos y falsias procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dexará mentir ni engañar, quan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca: y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por qui-

tarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho: y como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embleco suyo, no le satisficieron las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo: el aderezo de la yegua era de campo y de la ginetá, asimismo de morado y verde: traia un alfange morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí: las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegó á ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quixote le dixo:

señor galan , si es que Vuesa Merced lleva el camino que nosotros , y no importa el darse priesa , merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad , respondió el de la yegua , que no me pasara tan de largo , si no fuera por temor , que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede , señor , respondió á esta sazón Sancho , bien puede tener las riendas á su yegua , porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo : jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna , y una vez que se desmandó á hacerla , la lastámos mi señor y yo con las setenas : digo otra vez , que puede Vuesa Merced detenerse si quisiere , que aunque se la dén entre dos platos , á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante , admirándose de la apostura y rostro de Don Quixote , el qual iba sin celada , que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio , y si mucho miraba el de lo Verde á Don Quixote , mucho mas miraba Don Quixote al de lo Verde , pareciéndole hombre de chapa : la edad mostraba ser de cincuenta años , las canas pocas , y el rostro aguileño , la vista entre alegre y grave : finalmente en

el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo Verde , fué , que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas : admiróle la longura de su caballo , la grandeza de su cuerpo , la flaqueza y amarillez de su rostro , sus armas , su ademan y compostura , figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba , y leyóle en la suspension su deseo , y como era tan cortes y tan amigo de dar gusto á todos , ántes que le preguntase nada , le salió al camino , diciéndole : esta figura que Vuesa Merced en mí ha visto , por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan , no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado ; pero dexará Vuesa Merced de estarlo , quando le diga como le digo , que soy caballero destes que dicen las gentes , que á sus aventuras van. Sali de mi patria , empené mi hacienda , dexé mi regalo , y entreguéme en los brazos de la fortuna , que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería , y ha muchos dias que tropezando aquí , cayendo allí , despeñán-

dome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes: y así por mis valerosas, muchas y christianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas, ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el Cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que yo soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado *El Caballero de la Triste Figura*, y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende, quando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy, y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote, y el de lo Verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba

á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dixo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís, que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, antes agora que lo sé, quedo mas suspenso y maravillado. Como; y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en Vuesa Merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el Cielo, que con esa historia que Vuesa Merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y des crédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas ó no, las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que

no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quedese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á Vuesa Merced, que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de Don Quixote tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó le dixese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un Lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi muger y con mis hijos y con mis amigos; mis exercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance y quales de latin, de historia algunos y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbra-

les de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convidado: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oygo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto

lo qual por el hidalgo, le preguntó ¿que haceis, hermano? ¿que besos son estos? Déxenme besar, respondió Sancho, porque me parece Vuesa Merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolia de su amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote que quantos hijos tenia, y díxole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y quando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan em-

bebido en la de la poesia (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la Reyna de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar, si dixo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo: que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesia de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á quatro versos, que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos, ó malos que sean, como se quieren las almas que

nos dan vida : á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso : y quando no se ha de estudiar para *pene lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el Cielo padres que se lo dexen, seria yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado : y aunque la de la poesia es ménos útil, que deleytable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posée. La poesia, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella ; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal vir-

tud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio : hala de tener el que la tuviere á raya, no dexándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos : no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroycos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas : no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo : y así el que con los requisitos que he dicho tratar y tuviere á la poesia, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta : el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribiéron en la lengua que mamarón en la leche, y no fuéron á buscar

las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman, porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino, que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesia de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el Cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que hace verdadero al que dixo: *est Deus in nobis &c.* Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficionala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plá-

tica, señor hidalgo, que Vuesa Merced dexé caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los Obispos, ó como las garnachas á los peritos Jurisconsultos. Riña Vuesa Merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele y rompelas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque licito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas, que á truco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: quales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y quando los Reyes y Principes ven

la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venia un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el qual Sancho oyéndose llamar, dexó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII.

De donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que quando Don Quixote daba voces á Sancho, que le truxese el yelmo, estaba el comprando unos requesones que los pastores le vendían, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo que hacer dellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le quería, el qual en llegando le dixo: dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras; ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacía ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le diéron á entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Magestad, y así se lo dixo á Don Quixote; pero el no

le dió crédito, siempre creyendo y pensando, que todo lo que le sucediese, habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y volviéndose á Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quixote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza: y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo á Sancho: ¿que será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo, que es terrible la aventura que agora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Caló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor

no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quixote y quitóse la celada, por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dixo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traydor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: si son requesones, démelos Vuesa Merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de Vuesa Merced? Halládole habeis el atrevido. Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de Vuesa Merced: y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que ésta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga: y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago, que en la celada. Todo puede ser,

dixo Don Quixote, y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente quando despues de haberse limpiado Don Quixote cabeza, rostro y barbas y celada, se la enaxó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo: ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanas en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el qual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quixote delante y dixo: ¿adonde vais, hermanos? ¿que carró es este? ¿que llevais en él? y ¿que banderas son aquestas? Á lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el General de Oran envia á la corte presentados á Su Magestad, las banderas son del Rey nuestro Señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quixote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de África á España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula

primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy, y así Vuesa Merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. Á lo que dixo Don Quixote sonriéndose un poco ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quien es Don Quixote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dixo á esta sazón entre sí el hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y maldurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y dixole: señor, por quien Dios es, que Vuesa Merced haga de manera que mi señor Don Quixote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creéis, que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo

ea, replicó el hidalgo: y llegándose á Don Quixote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dixo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, mas tiene de locura, que de fortaleza, quanto mas que estos leones no vienen contra Vuesa Merced, ni lo sueñan, van presentados á Su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Váyase Vuesa Merced, señor hidalgo, respondió Don Quixote, á entender con su perdigon manso, y con su huron atrevido, y dexé á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí, ó no estos señores leones: y volviéndose al leonero, le dixo: voto á tal Don Bellaco, que si no abris luego + luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: señor mio, Vuesa Merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvaynen los leones, porque si me las matan, quedaré rematado

para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. O hombre de poca fe, respondió Don Quixote: apéate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero, y desunció á gran priesa, y el leonero dixo á grandes voces: séanme testigos quantos aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas, y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño, que estas bestias hicieren, corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras Mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo, que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó Don Quixote, si Vuesa Merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y póngase en salvo. Oído lo qual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó

desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aqui no hay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió Don Quixote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate, Sancho, y déxame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudiras á Dulcinea, y no te digo mas. Á estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no habia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quixote, el qual volviendo á dar priesa al leonero y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que pcase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos

apartarse del carro lo mas que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dexaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero, que ya los que iban huyendo, estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quixote lo que ya le habia requerido é intimado, el qual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requerimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si sería bien hacer la batalla ántes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza, y embrazó el escudo, y desenvaynando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su

señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice; ó fuer-te y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con que razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿que alabanzas habrá que no te con-vengan y quadren, aunque sean hipér-boles sobre todos los hipérboles? Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mis-mos hechos sean los que te alaben, vale-rosó manchego, que yo los dexo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante, anu-dando el hilo de la historia, diciendo: que visto el leonero ya puesto en postura á Don Quixote, y que no podía dexar de soltar al leon macho, só pena de caer en

la desgracia del indignado y atrevido ca-ballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extra-ordinaria, y de espantable y fea catadu-ra. Lo primero que hizo, fué revolver-se en la jaula donde venia echado y ten-der la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo Don Quixote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las quales pensaba ha-cerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su ja-mas vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes á Don Quixo-te, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo qual Don Quixote mandó al leonero que le diese de

palos, y que le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa Merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de Vuesa Merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña: y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió Don Quixote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer: conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volviósse á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad y á la verdadera caballeria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos

y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lanza el lienzo, con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dexaban de huir, ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dixo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se viniéron acercando hasta donde claramente oyéron las voces de Don Quixote, que los llamaba. Finalmente volviéron al carro, y en llegando, dixo Don Quixote al carretero: volved, hermano, á uncir vuestras mulas, y á proseguir vuestro viage, y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho, pero ¿que se han hecho los leones? ¿son muertos, ó vivos? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exágerando como él mejor

pudo y supo el valor de Don Quixote, de cuya vista el leon acobardado no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero, que era tentar á Dios, irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Que te parece desto, Sancho, dixo Don Quixote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quixote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la corte se viesse. Pues si acaso Su Magestad preguntare quien la hizo, diréisle, que el *CABALLERO DE LOS LEONES*: que de aquí adelante quiero que en esté se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*, y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres quando querían, ó quando les venia á cuento. Siguió su camino el

carro, y Don Quixote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido, cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia, disparatado, temerario y tonto, y decia entre sí: ¿que mas locura puede ser, que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y que mayor temeridad y disparate, que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quixote diciéndole: quien duda, señor Don Diego de Miranda, que Vtíesa Merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco, y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa:

pues con todo esto quiero que Vuesa Merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su Rey en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas: y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus Principes; pero sobre todos estos, parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su Rey con libreas: sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su

mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico y buen christiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoriceñ endrágos: que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dexar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debaxo de la juridicion de mis ejercicios: y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exórbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será, que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baxe y toque en el

punto de cobarde : que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal , que el avaro , así es mal fácil dar el temerario en verdadero valiente , que no el cobarde subir á la verdadera valentía : y en esto de acometer aventuras , créame Vuesa Merced , señor Don Diego , que ántes se ha de perder por carta de mas , que de ménos , porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen : el tal caballero es temerario y atrevido , que no : el tal caballero es tímido y cobarde. Digo , señor Don Quixote , respondió Don Diego , que todo lo que Vuesa Merced ha dicho y hecho , va nivelado con el fiel de la misma razon , y que entiendo , que si las ordenanzas y leyes de la caballeria andante se perdiesen , se hallarian en el pecho de Vuesa Merced , como en su mismo depósito y archivo : y démonos priesa , que se hace tarde , y lleguemos á mi aldea y casa , donde descansará Vuesa Merced del pasado trabajo , que si no ha sido del cuerpo , ha sido del espíritu , que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced , señor Don Diego , respondió Don Quixote , y picando mas de lo que hasta entónces , serian como las dos de la tarde quando llegaron á la aldea y

á la casa de Don Diego , á quien Don Quixote llamaba , *el Caballero del Verde Gaban.*

CAPÍTULO XVIII.

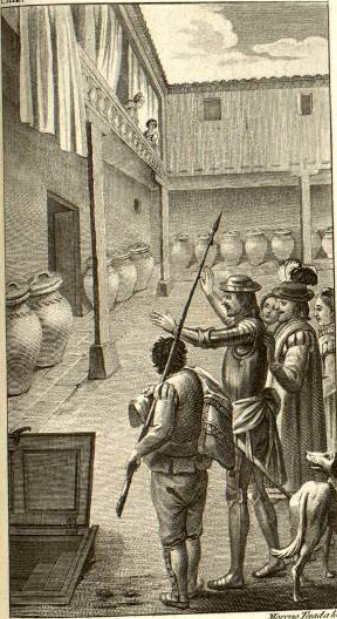
De lo que sucedió á Don Quixote en el castillo , ó casa del Caballero del Verde Gaban , con otras cosas extravagantes.

Halló Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea ; las armas empero , aunque de piedra tosca , encima de la puerta de la calle , la bodega en el patio , la cueva en el portal , y muchas tinajas á la redonda , que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea , y sospirando y sin mirar lo que decia , ni delante de quien estaba , dixo :

*¡Ó dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces y alegres quando Dios queria.*

¡Ó tobosescas tinajas , que me habeis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura ! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego , que con su madre habia salido á recibirle , y ma-

dre y hijo quedáron suspensos de ver la extraña figura de Don Quixote, el qual apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárse-las, y Don Diego dixo: recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que re-neis delante, andante caballero y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Qui-xote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la qual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones. Entráron á Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo visunto con la mu-



Luis y Antonio Carnisero.

Mariano Espada hijo.

gre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguies eran datilados, y encerrados los zapatos. Cifóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion, que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreuelo de buen paño pardo; pero ántes de todo, con cinco calderos, ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la gulosina de Sancho, y á la compra de sus negros quesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavios y con gentil donayre y gallardia salió Don Quixote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian: que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Christina mostrar, que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre: quien dirémos, señor, que es este caballero que Vuesa Merced nos ha traído á casa? que el nombre, la

figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabré decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras pláticas, que los dos pasáron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo: el señor Don Diego de Miranda padre de Vuesa Merced me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que Vuesa Merced tiene, y sobre todo, que es Vuesa Merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía, y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y

piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote: pero dígame Vuesa Merced ¿que versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiendo algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos, y si es que son de justa literaria, procure Vuesa Merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero con todo esto, gran personage es el nombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díxole: paréceme que Vuesa Merced ha cursado las escuelas ¿que ciencias ha oído? La de la caballería andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llega-

do á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la christiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario para conocer en mirad de los despo- blados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas: que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas quantas horas son pasadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas, y dexando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes theologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pexe Nicolas, ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guardar

la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y minimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea Vuesa Merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los gimnasios y escuelas se enseñan. Si esto es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes, y por parecerme á mí, que si el Cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como

muchas veces me lo ha mostrado la experiencia : no quiero detenerme agora en sacar á Vuesa Merced del error que con los muchos tiene ; lo que pienso hacer es ⁶ el rogar al Cielo le saque dél , y le dé á entender quan provechosos y quan necesarios fuéron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos , y quan útiles fueran en el presente , si se usaran ; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza , la ociosidad , la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped , dixo á esta sazón entre sí Don Lorenzo ; pero con todo eso él es loco bizarro , y yo sería mentecato floxo , si así no lo creyese. Aquí diéron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo , que habia sacado en limpio del ingenio del huésped. Á lo que él respondió : no le sacarán del borrador de su locura quantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo : él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer , y la comida fué tal como Don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados , limpia , abundante y sabrosa ; pero de lo que mas se contentó Don Quixote , fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia , que semejava

un monasterio de Cartuxos. Levantados pues los manteles y dadas gracias á Dios y agua á las manos , Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dixese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió : por no parecer de aquellos poetas , que quando les ruegan digan sus versos , los niegan , y quando no se los piden , los vomitan , yo diré mi glosa , de la qual no espero premio alguno , que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto , respondió Don Quixote , era de parecer , que no se habia de cansar nadie en glosar versos , y la razon , decia él , era , que jamas la glosa podia llegar al texto , y que muchas , ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba , y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas , que no sufrían interrogantes , ni *dixo* , ni *diré* , ni hacer nombres de verbos , ni mudar el sentido , con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan , como Vuesa Merced debe de saber. Verdaderamente , señor Don Quixote , dixo Don Lorenzo , que deseo coger á Vuesa Merced en un mal latin continuado , y no puedo , porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo , res-

pondió Don Quixote, lo que Vuesa Merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarne. Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté Vuesa Merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

*Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniere el tiempo ya
de lo que será despues.*

G L O S A.

*Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
fortuna, puesto á tus pies,
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.*

*No quiero otro gusto, ó gloria,
otra palma, ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.*

*Si tú me vuelves allá,
tu fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas será.*

*Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo á ser,
despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pidiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniere el tiempo ya.*

*Vivir en perplexa vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será despues.*

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie Don Quixote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Loren-

zo dixo: viven los Cielos, donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un poeta, que Dios perdona, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al Cielo, que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asatée y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen, que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco? ¿O fuerza de la adulacion, á quanto te extiendes y quan dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quixote, diciéndole este soneto á la fábula, ó historia de Piramo y Tisbe:

SONETO.

*El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Piramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.*

*Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solícita
Por su gusto su muerte: ved que historia,
Que á entrámbos en un punto jó extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.*

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, habiendo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es Vuesa Merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole, que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretenir el tiempo hasta que llegase el dia de

las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron, que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegose en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo: no sé si he dicho á Vuesa Merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que quando Vuesa Merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del tem-

plo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dexar á una parte la senda de la poesia algo estrecha, y tomar la estrechisima de la andante caballería, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: sabe Dios, si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acobecer los soberbios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á Vuesa Merced, que siendo poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio: porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia

de la señora del castillo Don Quixote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado Don Quixote del Lugar de Don Diego, quando encontró con dos como clérigos, ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocaci verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate, el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayéron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quixote, y morian por saber, que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros

hombres. Saludóles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles que se llamaba de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego, ó en gerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebre de Don Quixote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dixo: si Vuesa Merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, Vuesa Merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algún Príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labra-